

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
LAS MALAS SON TRES

Autor/es:
Juan Cueto

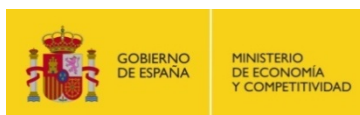
Citar como:
Juan Cueto (1997). LAS MALAS SON TRES. Nosferatu. Revista de cine. (23).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41015>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA

donostiakultura.com



Blancanieves y los siete enanitos

Las malas son tres

Juan Cueto

Dos madrastras, una hechicera y Cruela de Vil. Tres arquetipos distintos para una sola maldad verdadera en el infierno de Disney: la mujer liberada, tirana y ambiciosa. En contrapartida, hay que admitir que el cielo de la célebre factoría maniquea resulta, como diría yo, mucho más helénico. Una zumbante confusión olímpica de príncipes azules, huérfanas, dumbos, wendis, patitos más o menos feos, enanos, perros y roedores falderos, mucho diminutivo, alicias, merlines y pinochos descafeinados.

No es cierto, por lo tanto, que el paraíso del viejo testamento audiovisual de Disney sea un plagio del cielo de las Escrituras. Falta lo esencial: ese Dios único, trino, terrible e inmortal que un buen día, como es fama, mató de risa a los animados diosecillos del olimpo

griego cuando se enteraron de la espectacular noticia de su nacimiento, hacia el sureste.

Disneylandia parece un dibujo de los dos grandes territorios fantásticos de la Biblia, pero exactamente al revés. Abajo, un ordenado infierno presidido por esa imponente Mujer trina, (maga, madrastra y mandona), dominio estrictamente femenino y altamente endiosado. Y arriba del todo, un confuso paraíso jolgórico sin Dios ni amo, y que de parecerse a algo celestial, en todo caso, remite directamente al Limbo, aunque con algunos toques del Olimpo. Es decir, un cielo no sólo desvaído sino habitado por divinidades bastante mortales, muy perecederas para lo que suele ser norma en nuestra tradición supersticiosa. Que ahora mismo, por ejemplo, no me acuerdo de la mayor parte de los personajes seráficos que Walt Disney estampó en

celuloide con pretensión inmortalizadora, desde aquellos primeros conejos para la Universal, y sin embargo, a estas declinantes alturas de la vida, todavía recuerdo con todo detalle el empedrado de aquel fuego infernal en el que reinaba sin discusión la Maléfica Trinidad mujeril.

Se me objetará que también el cielo de nuestra religión, incluso el purgatorio, están mucho peor dibujados que el infierno y sus derivados. De acuerdo. No hace falta más que echarle un vistazo a las versiones infernales o paradisiacas de los bajorrelieves románicos y góticos para entender que el cielo, el espacio de la bondad en general, resulta siempre más difícil de plasmar verosimilmente, excuso decir comercialmente, que su contrafigura. La maldad extrema siempre es más fotogénica y narrativa que la suprema virtud. Ahí está el caso

del Dante no sólo como prueba literaria, sino gráfica. O para hacer patria chica, ahí están las excelentes imágenes apocalípticas que fantaseaba el Beato de las Asturias de Liébana, para distraerse de sus obsesivas discusiones teológicas con Eterio a propósito del peligroso adopcionismo, en contraste con la torpeza de sus pajas celestiales.

Lo que llama la atención, al menos me la llama a mí recordando aquellas madrastras de los primeros terrores infantiles, es lo bien organizado, jerarquizado, teologizado, sexuado y diseñado que siempre estuvo el territorio infernal de la factoría Disney, con la atractiva y superlativa Mala de triple filo como única instancia, en contraste con la caótica, dispersa, pésimamente dibujada, blandengue y tan diminuta tropa celestial de Disneylandia, en la que, ya digo, ni Dios ni Cristo que lo fundó.

Como en toda doctrina maniquea que se precie se trataba de escoger y gracias a Disney, pero no sólo a él, yo escogí curiosear por el infierno. Entendámonos y no exageremos ucrónicamente. Quiero decir que en medio de aquella terrible educación fascista y ultracatólica de la que nunca se dirá y se recordará lo suficiente, aunque escandalosamente se diga y se recuerde tan poco, las pavorosas malísimas de Disney eran la única fuente de información que teníamos dentro del universo cerrado de los dibujos animados. Ni siquiera en aquellos tiempos y con aquellas edades, al cabo ya de tanto cine (Pathé-Baby incluido) de sesión continua y programa doble, era posible creerse lo del príncipe azul, la calabaza que se transforma en carroza, el papel de los siete enanitos, las verdaderas motivaciones de Cenicienta o Blancanieves. Pero, eso sí, entendíamos muy bien, a la primera, el territorio infernal de aquellos dibujos animados tan obligatorios como los primeros viernes de un mes. O sea, mucho ojo con mujeres raras, las

madres desnaturalizadas, las señoritas ambiciosas, la envidia femenina, las damas libres. La única mujer de Disney tolerada para menores era la huérfana que se pronunciaba y hablaba en diminutivo, como los indios del cine de al lado lo hacían en infinitivo. Ni siquiera dibujos de niñas mínimamente atractivas para aquellos confusos despertares eróticos, que las acuarelas Disney de las chicas celestiales (rostro ovalado, ojos saltones, chatería imposible, risita de conejo, doblaje atiplado, cuerpo inexistente) nos sumían en el desconcierto. Qué contraste audiovisual con la vecina bragasucias, que diría Manolito el Gafotas.

Las malísimas, en cambio, nos disparaban la imaginación, incluso algo parecido a la masturbación. El gran error de Disney consistió en creer que su tontorrón cielo seráfico era suficiente para conjurar el atractivo de la maldad exclusivamente femenina. Y dibujó y animó dos mundos radicalmente opuestos. Uno, el celestial, imposible de digerir por cualquier cerebro infantil con dos milímetros cúbicos de curiosidad malsana, en el que la bondad chorreaba jarabe almibarado de la peor especie farmacéutica, y donde no era posible identificarse con una raza de héroes tan mal dibujados, de contornos imposibles, al cabo de nuestra ya nada desdeñable experiencia con otras recias épicas maniqueas de las 24 imágenes por segundo. Y otro mundo, en el que la maldad era todo un espectáculo inédito en las pantallas toleradas para menores. No olvidemos que por entonces teníamos rigurosamente prohibido el acceso a aquellas películas blanquinegras, y de la serie negra, en las que los *gangsters* se enamoraban perdidamente de *vamps* de la misma especie perversa que la madrastra y, sobre todo, Cruella de Vil.

Ahí, en *101 Dálmatas* (*One Hundred and One Dalmatians*, 1961), tiempo después del atractivo pavor que me infundió Maléfica, verifi-

qué mi muy inconsciente teoría acerca de lo excelentemente amueblado que estaba el infierno Disney. Cruella de Vil confirmaba mis primeras intuiciones: la maldad no sólo era mujer, sino, sobre todo, el mujerío. O lo que mucho después descubriría como feminismo.

En la zona de mi cerebro preadolescente confundo el célebre autorretrato de 1932 de Tamara de Lempicka, sentada al volante de su automóvil verde y descapotado, con la imagen de Cruella de Vil pilotando a toda leche un bólido de la misma especie futurista. En 1961, en pleno apogeo comercial, Disney incorpora a su infierno femenino la tercera pata infernal: la caricatura de la mujer independiente según el arquetipo de los felices veinte. No sólo la mujer narcisista, ambiciosa, poderosa, metomentado y desmadrada de Blancanieves y Cenicienta, también, para que no haya dudas, la mujer emancipada, urbana, loca por la moda, fumadora empedernida, millonaria, glamurosa y encima al volante. Porque eso es Cruella de Vil con permiso de Glenn Close, la diabólica versión de la hembra libre según entendían los teólogos de la factoría Disney el auténtico peligro infernal de aquellos primeros sesenta: cuando la mujer se emancipaba para siempre y jamás de las ataduras bíblicas. Incluso lo dicen las primeras estrofas de la célebre cancioncilla: "*La ves venir y crees que es el diablo, / pero al llegar tendrás que admitir / que en un error estás, pues ya de cerca ves / que Cruella es mucho peor que Satanás*". Y por algo el Vaticano, que nunca da puntadas sin hilo, figura como uno de los primeros accionistas (más o menos secretos, como siempre que se filtra) de la *The Walt Disney Company*. Joder que puntería. Cómo no iba a fiarme yo del infierno Disney.

En resumidas cuentas, la madre madrastra, la hija hechicera y el espíritu *non sancto* del feminismo triunfante.